

José Carlos Chiaramonte, Carlos Marichal y Aimer Granados (comps.), *Crear la nación. Los nombres de los países de América Latina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008, 378 pp.

*Nazareno Uriel Brondo**

Recepción del original: 05/03/2009
Aceptación del original: 20/08/2009

Crear la nación es una compilación de diecisiete artículos que aborda la historicidad de las naciones latinoamericanas desde la perspectiva analítica de la función connotativa del lenguaje en la construcción de la identidad política y cultural de los Estados formados durante el siglo XIX. Es un estudio de casos de la historia latinoamericana que se interroga sobre los orígenes de los nombres actuales de sus naciones, la relación existente entre el acto de nombrar y la formación de conciencia nacional y los propósitos legitimantes de las élites criollas subyacentes en la denominación y significación de los Estados latinoamericanos construidos a partir de la crisis política europea de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

Los autores de los ensayos emplearon sus propios métodos y fuentes históricas pero coincidieron en la intención historiográfica de aportar nuevos argumentos que fortalezcan la tesis según la cual los Estados-nacionales de Latinoamérica y el sentido de nacionalidad de sus ciudadanos fueron la resultante de un proceso histórico equívoco, en contraposición a la interpretación lineal de la historiografía tradicional escrita en clave nacionalista. La novedad de *crear la nación* es el interés especial por descubrir las relaciones históricas entre la significación y re-significación de los nombres de los Estados modernos latinoamericanos con la creación de las identidades nacionales después de declaradas las independencias.

Para el caso del Brasil, por ejemplo, José Murilo de Carvalho se remonta al descubrimiento y se extiende hasta los tiempos actuales para mostrar cómo las élites intelectuales y gobernantes primero y luego el ciudadano «común» asociaron el nombre de su Estado con la promesa de un bienestar futuro en razón del potencial de las riquezas naturales del país. Según el autor, la historia del nombre *Brasil* revela la esperanza y decepción cíclica de la ciudadanía brasilera respecto a esa promesa que, por no haberse concretado, sostiene el imaginario de un destino de grandeza futura.

* Universidad Católica de Salta. E-mail: nazarenouriel@yahoo.com.ar

La dialéctica entre las soberanías provinciales y el centralismo de las que fueron capitales virreinales es una de las cuestiones políticas que contextualizan las hipótesis planteadas. José Carlos Chiaramonte sostiene que los tres nombres oficiales de Argentina consagrados en su Constitución, esto es, «Provincias Unidas del Río de la Plata», «Confederación Argentina» y «República Argentina», son el reconocimiento legal de los proyectos de organización nacional en su forma confederal, federal y unitaria planteados desde 1810 en las provincias del Plata. En este sentido, el proceso de construcción del Estado moderno argentino, caracterizado por la lucha entre las tendencias centralistas y los hábitos autonómicos de las provincias, contrasta con la peculiaridad chilena.

Para Rafael Sagredo Baeza, el territorio de Chile fue un factor casi determinante en el régimen centralista prontamente consagrado en el país trasandino. Desde los tiempos de la revolución, los políticos chilenos destacaron que la geografía del país, definida por el aislamiento y los límites precisos, favorecía la implementación del régimen de unidad. La formación de un poder nacional central consensuado permitió que el nombre *Chile* y la nacionalidad chilena fueran asociados discursivamente en el siglo XIX por propios y ajenos, con el orden social, la estabilidad institucional y el resguardo de las libertades individuales. Virtudes políticas inadecuadas con la realidad pero que consolidaron el imaginario de Chile como un Estado de excepción en comparación con los conflictos internos de otros países sudamericanos.

A los aspectos políticos y jurídicos se suman los sociales, es decir, la invención de la identidad socio-cultural de los ciudadanos y habitantes de los nuevos Estados. Es la fase histórica de la socialización del nombre estatal y la consolidación del gentilicio identitario, esto es, el hecho de «sentirse» argentino, peruano, uruguayo o mexicano. Aquí se destaca el análisis respecto al *lugar* que las élites criollas les adjudicaron a las comunidades indígenas en su proyecto nacional. Bolivia es un caso historiográfico testimonial respecto a las contradicciones nacidas entre una minoría criolla gobernante y una mayoría indígena y mestiza culturalmente diversa en la formación de una identidad nacional homogénea.

Esther Aillón Soria propone que la élite boliviana evocó el pasado prehispánico como elemento identitario porque necesitaba legitimar su poder, aun cuando los pueblos originarios fueran excluidos de la estructura de dominio y de la política educativa. La distancia entre discurso y realidad produjo que, hasta hoy, la tensión cultural entre las comunidades indígenas y el «ser boliviano» sea una cuestión irresuelta. En Perú, la retórica creadora de la tradición republicana excluyó el pasado indígena, pero en Colombia la imagen del mundo prehispánico fue un factor de construcción de la conciencia nacional, según argumenta Aimer Granados.

La omnipresencia del liderazgo de Bolívar en la creación de naciones iberoamericanas se destaca en los países andinos. Secuencialmente, el «americanismo» fue el fundamento identitario de los líderes de la Revolución y la Independencia. Así ocurrió en el Río de la Plata como en México y Colombia. Bolívar ocupa, con Miranda y San Martín, un lugar de privilegio en el panteón historiográfico de los proyectos de la unidad continental en tiempos de la guerra contra la corona española y en la etapa de la organización de los

Estados iberoamericanos. La *Gran Colombia* fundada a instancias de Bolívar fue el resultado estatal más cercano a la idea de unidad americana.

Pero la huella identitaria bolivariana pareciera ser una herencia más «nacional» que «americana». Así se desprende de la fundación de la República de Bolivia, bautizada de este modo en homenaje al Libertador, y a la interpretación de Ana Buriano que en su ensayo sobre el nombre *Ecuador*, define a Bolívar como un creador de países. Buriano sostiene que a través del poder de la palabra, cristalizada en proclamas de guerra y documentos políticos, Bolívar fundó la costumbre denominativa *Colombia*, retomando el léxico de Miranda; y la de *Ecuador*, reemplazando el hábito de continuar llamando a la jurisdicción *Reino de Quito*.

Una de las conclusiones comunes de los artículos es que el *acto de nombrar* conlleva la intención de otorgar al Estado-nación una personalidad e identidad propias que represente con relativa homogeneidad a sus habitantes y ciudadanos y, al mismo tiempo, lo distinga del otro, haciéndolo diferente, por ejemplo, de un Estado vecino. Esta es la historia del nombre de la República Dominicana y de su rivalidad con Haití. Pedro San Miguel observa que la historiografía nacional dominicana dedicó gran parte de sus narraciones a disputarle a los haitianos el lazo con el pasado primigenio indígena compartido en la isla, para situar el principio de la genealogía biológica y cultural de la población de Haití en África. La formación de la conciencia nacional dominicana, que tuvo por canal predilecto a la educación básica, se basó entonces en la creación de barreras simbólicas con su vecino haitiano, el «otro negativo».

La obra colectiva plantea el análisis semántico-político de la construcción de los imaginarios nacionales en la historia latinoamericana moderna. La hipótesis compartida es que la historicidad del nombre de un Estado y sus asociaciones con la impronta de sus líderes, los rasgos culturales de la población, las colisiones internas, amenazas externas o los propósitos de homogeneización social, son actos políticos tendientes a formar y consagrar la identidad nacional.

Los ensayos también muestran que la construcción del «ser nacional» está sujeta al dinamismo y, por lo tanto, a la mutabilidad de significaciones en virtud de la evolución temporal. Como señala Ana Frega en su estudio sobre el Uruguay, el debate sobre el contenido identitario de «ser uruguayo» aún no fue cerrado puesto que se continúan discutiendo los valores contemporáneos y comunes en el marco de la diversidad de identidades internas. Esta observación podría hacerse extensiva a las demás sociedades actuales de América Latina y a otras regiones del mundo.